

Opinión

EN CARICATURAS

La suerte jurídica de Santrich



¿Colgado de la brocha?



Escéptica



Un plan lleno de articulitos



Un país poco serio
Carlos Caballero Argáez

Desde el momento en que un representante dirigente del sector privado sugirió que para reelegir al presidente Uribe únicamente se necesitaba cambiar un "articulito" de la Constitución, este país dejó de ser serio. Los cambios en la estructura de las instituciones, en las reglas de juego, no pueden tratarse de una manera tan ligera; requieren debates de altura, acuerdos y consensos.

Hemos caído, sin embargo, en el facilismo, en desconocer los estudios y proponer cambios mediante la aprobación de 'articulitos' que se incluyen en las leyes -¿micos?-, como ocurre en el caso de la ley del Plan de Desarrollo que discute por estos días el Congreso y, por mandato constitucional, debe aprobarse rápidamente.

Los planes de desarrollo tuvieron en el pasado propósitos bien diferentes de los que se elaboran y aprueban a partir de la Constitución de 1991. Se trataba de fijar prioridades en la búsqueda del desarrollo económico y social del país y de concentrar la acción del Estado en la tarea de alcanzarlas, sin dejar de reconocer que existían restricciones de diversa índole que limitaban esa búsqueda. Entre estas últimas estaba la escasez de recursos financieros. En último término, la idea era que el Estado funcionara de manera coherente y coordinada, con un rumbo definido y unas metas claras.

Estos conceptos inspiraron los

planes de muchos gobiernos con grados disímiles de ejecución. Tal vez, el que llegó a implantarse más cabalmente fue el de las Cuatro Estrategias, de la administración Pastrana Borrero (1970-1974), centrado en la construcción de vivienda. En los cuatro años se armó un sistema financiero nuevo, el de ahorro en valor adquisitivo constante, que se conoció como el Upac, con sus propias entidades, que fueron las corporaciones de ahorro y vivienda. Gustara o no gustara, cada gobierno establecía su hoja de ruta y se esforzaba por cumplirla. Para eso estaba el Departamento Nacional de Planeación.

La cosa es bien distinta en la actualidad. El plan consta de tres pactos (equidad, legalidad y emprendimiento), un pacto para conectar las regiones, 12 estrategias transversales, 183 artículos, algo así como 100 metas específicas en los aspectos más diversos, y 955 páginas. De cierta forma, 'es todo y es nada'. Peca, en mi opi-

nión, por querer abarcar todo, cuando la literatura dice que es mejor concentrarse en unos pocos objetivos y hacer todo lo posible por lograrlos.

El gran problema, sin embargo, está en los 'articulitos'. Hay una controversia fuerte alrededor del artículo 35, el que intenta la unificación del presupuesto en el Ministerio de Hacienda, que mereció una columna del ministro en este periódico el domingo pasado. Con todo respeto, me parece un error incorporar un asunto tan importante, que modifica la forma como desde hace 50 años viene elaborándose el presupuesto nacional, dentro de los 183 artículos de la ley del plan. Merece una ley que estudie a fondo todo el tema presupuestal, incluyendo no solamente los presupuestos de funcionamiento e inversión, sino también el de regalías. El "articulito" de los subsidios ya fue retirado por el propio presidente Duque. Otros, el 30, el 31 y el 32, tratan sobre la fijación del precio de la gasolina -¡nada más ni nada menos!-, que afecta toda la economía, en particular a Ecopetrol, y despierta los intereses de tanto político irresponsable. Uno más cambia los impuestos a los licores. Y no falta el "articulito", el 91, que obliga a las empresas a renovar la matrícula mercantil cada tres años, so pena de que la Superintendencia de Sociedades ordene su disolución.

No es que todo tiempo pasado hubiera sido mejor. Pero había más seriedad en el manejo de los asuntos públicos.



Cosas que pasan
Lucy Nieto de Samper

En medio del remolino

Las tragedias de Venezuela y del pueblo venezolano, que los colombianos compartimos y lamentamos, nos están arrollando. Y, en razón de la vecindad -2 219 kilómetros de frontera-, muchos dramas los hemos vivido en carne propia. Pues son millones los venezolanos que están dejando su patria; forzados por las arbitrariedades, atrocidades e injusticias cometidas por la dictadura de Nicolás Maduro, pasan y siguen pasando por nuestro territorio. Por eso vivimos muy de cerca sus angustias. Por eso, el país los ha acogido y seguirá acogiéndolos. Pues mientras el dictador Maduro continúe atornillado a la silla presidencial, el éxodo de venezolanos seguirá creciendo.

Ciudades como Cúcuta, separada de Venezuela por un puente, han sido paso obligado y refugio de millones de venezolanos que, con hambre, enfermos, desesperados, han salido a buscar en otros mundos todo lo que un gobierno corrupto les ha negado, o les ha arrebatado. La tragedia de esas familias que recorren el mundo buscando alimentos, medicamentos, hospitales, escuelas, trabajo empeoró a partir de 2013, cuando, muerto Hugo Chávez, que ya había hecho de las suyas, Maduro, recomendado por Chávez, fue elegido presidente.

Ganó el 50,6% de los votos. En seis años, ese corrupto dictador arruinó el país más rico de América del Sur. Y con la complicidad de 32 ministros, como Diosdado Cabello, Vladimir Padrino, Tarek El Aissami, Delcy Rodríguez, hoy vicepresidenta, y respaldado por militares y policías, que compró con altos sueldos y altos ascensos -dicen que hay más de 100 generales-, Maduro se fortaleció. Bien protegido, bien respaldado, se dedicó a enriquecerse, mientras la población, atropellada y maltratada, pasaba hambre, y por falta de medicinas, morían los enfermos. Por eso, el éxodo crece y crece. Más de 3'500.000 venezolanos han dejado su patria. Por culpa de esa dictadura corrupta, el país se volvió invivible. Es oportuno recordar que Maduro tienen nexos con el narcotráfico. Dos sobrinos de su mujer están presos en EUA por tráfico de drogas. Diosdado Cabello, un hijo suyo y otros figurones del Gobierno están en la Lista Clinton. Y cuentas de funcionarios del régimen están intervenidas en EUA por lo mismo.

Para sacar del ring a ese gobierno apareció Juan Guaidó, presidente de la Asamblea Nacional. Como él sabía que en caso de necesidad podía ejercer como presidente interino, con valor asumió esa responsabilidad. En Venezuela renació la esperanza, y las calles de las ciudades se colmaron de seguidores de Guaidó. Poco a poco nombró colaboradores y diplomáticos. Poco a poco, 54 países de América y de Europa lo reconocieron como presidente interino.

Para ayudar a la población que en Venezuela sigue sufriendo, se organizó una ayuda humanitaria. Camiones llenos de alimentos y medicinas llegaron a las fronteras. Y en Cúcuta, donde hubo un fantástico concierto internacional y en donde estaban los presidentes de Colombia, Chile y Paraguay, apareció Guaidó, promotor de estos movimientos. Pero la víspera de mucho terminó en nada. Porque, por orden de Maduro, a quien le importa un higo la trágica situación de la población de su país, cerraron las fronteras. Y la Guardia Nacional quemó los dos camiones que lograron pasar. Y hubo balacera contra la gente que intentó sacar algo de los vehículos incendiados.

A pesar de los golpes bajos, Guaidó, como presidente interino, sigue en lo suyo. Dio entrevistas en Colombia; en Brasil, el presidente adhirió a su causa, y mientras escribo esta nota, él está en Paraguay. Su regreso a Venezuela parece peligroso, pues Maduro dio orden de detenerlo. Es decir que su seguridad está en peligro. Y el éxito de su causa, en veremos. Porque el dictador Maduro es capaz de todo.

Para salir de Maduro, causante de la tragedia de ese país, se aliaron naciones americanas para buscar una solución democrática, rechazando de plano la intervención militar que le suena al vice Mike Pence. La participación de Colombia en este caso debe ser activa y eficiente, pero discreta. Por razones obvias, a Colombia no le conviene encabezar esta campaña contra el enemigo de al lado.

Volver a empezar



Una nueva lucha
Adolfo Zableh Durán

Esta es mi primera columna después de los tres meses de descanso. Cuando decidí frenar no sabía bien para qué lo hacía, fueron tiempos raros. En diciembre no salí de la casa, me bañé poco, y mi mayor responsabilidad fue pagar recibos. No escribí, no me informé, ni siquiera socialicé. Mi inactividad física y mental me hizo subir siete kilos, peso que aún estoy tratando de bajar. Y no se trataba de flojera, más bien era que no sabía qué pasaba conmigo.

En enero me fui a la playa, y apenas en febrero llegué a sospechar qué pasaba conmigo y qué debía hacer para remediarlo. No fue algo fácil de descubrir, tampoco fue agradable, y más complicado ha sido reconocerlo: me cansé de ser tartamudo. Increíble, pero siempre he asumido que no pasa nada con serlo, que lo sé manejar e, incluso, le he sacado provecho, cuando la verdad es que es una condición que me ha frustrado, limitado y a la que nunca le he puesto la atención necesaria. El tartamudeo es el gran tema de vida, y siempre lo traté como si fuera un relleno.

Entonces, febrero fue el mes de trabajar. Ejercicios de respiración, vocalización, repetición, lecturas, meditación. Todo en cantidades menores de las que me hubiera gustado, pero constante dentro de mis posibilidades. Siempre esperé que la gague se me fuera como por arte de magia, que un día empezara de la nada a hablar fluido, y me tomé casi cuatro décadas entender

que si no la afrontaba con constancia y valentía, no iba para ningún lado. Herramientas para remediarla hay muchas, unas mejores que otras, pero cualquier mejora nace de uno mismo, no de afuera.

Asumir el tartamudeo como si fuera un mal menor me ha servido para varias cosas, entre ellas que ya no me ofendan los chistes al respecto y, al revés, que yo también pueda hacerlos. Para eso y para escribir. Al no poder expresarme de corrido, fortalecí la escritura, pero lo cierto es que quiero dejar de escribir. Es una habilidad que he desarrollado y no sobra, pero es más que todo un premio de consolación. Yo no escribo porque me guste sino por necesidad, porque no puedo hacer otra cosa mejor, y de algo hay que vivir. Odio escribir. Hacerlo bien es difícil, doloroso y mal pago, por eso sueño con el día en que no tenga que hacerlo más.

Quizá sea soñar demasiado, pero ahora me veo en el radio, dando charlas, haciendo videos de internet (no porque me guste,

sino porque dan plata), siempre hablando fluido. Hace que me acuerde de mis 20 años, cuando no había publicado una sola letra, apenas garabateaba ideas en un cuaderno de bolsillo y aun así decía que era el mejor escritor de Colombia. Es que estaba convencido de que lo iba a ser algún día.

Acá soy soberbio, lo sé, pero espero que me permitan la licencia. Yo podré ser inseguro en muchas cosas, empezando por mi forma de hablar, pero en lo que respecta a mis capacidades no tengo dudas. Soy bueno, y lo sé; a ratos me creo tan lleno de talento que siento que voy por la calle y se me desparra, haciendo resbalar a los que caminan cerca de mí. Hoy, con el tema del habla me siento igual que con el de la escritura cuando apenas empezaba: yo llego a conseguir hablar de corrido y soy imparable.

Y, aunque suene optimista a ratos y prepotente en otros, tengo miedo. No ha sido sencillo dejar de creer que si no tartamudeo no soy yo, y pasar a estar convencido de que es algo de lo que tengo que desmarcarme como sea. Alternando momentos de increíble euforia con días en los que no me sale ni regáleme para un pan, pero la clave es no frustrarse, seguir adelante pese a todo. No sé si logre lo que quiero, y de hacerlo, ignoro cuánto tiempo vaya a tomarme, pero ahí voy, dando la lucha que siento que tengo que dar. Imagine usted, el hombre que después de tartamudear toda la vida se vuelve un orador ejemplar; qué gran historia para contar.